

cando á su Maestro y Redentor, y ambas lágrimas son prendas de que hallaremos á Dios nuestro Señor, si con ellas le deseamos y buscamos, diciendo con el real profeta David: *Las lágrimas fueron mi pan de día y de noche, oyendo á los que me dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios (1)?* Ó Dios mio, que solías estar dentro de mi alma, como en tu sepulcro, descansando y alegrándome con tu presencia, ¿dónde estás ahora? ¿quién te me ha llevado y sacado de mi corazón? ¿cómo me has dejado solo, seco, triste y desconsolado? Si mis pecados te han quitado de donde estabas, quítalos de mí por tu infinita misericordia, para que puedas volverte á tu lugar, y yo le conservaré siempre limpio con tu gracia, para que otra vez no alejes de mí tu presencia por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Compadeciéndose Cristo nuestro Señor de las muchas lágrimas de la gloriosa María Magdalena, quiso consolarla, para cumplir la palabra que dió, cuando dijo: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (2)*. Pero en esto procedió poco á poco para su mayor bien.

Porque lo primero, se le apareció, no poniéndose delante de los ojos, sino á las espaldas, haciendo algun ruido, para que ella volviese á mirarle: *Conversa est retrorsum, et vidit Jesum stantem*. Volvió atrás, y vió á Jesús que estaba allí en pié. En lo cual se nos representa el modo como Dios nuestro Señor busca las almas que le tienen vueltas las espaldas, y le dejan, y no le conocen, ni le respetan como es razon, por no conocerle. A las cuales dijo por el profeta Isaías: *Tus oídos oirán la voz del que tienes á las espaldas, y te amonesta el camino que has de andar (3)*. Estas voces son algunas inspiraciones y toques interiores con que las convida Dios nuestro Señor á que vuelvan el rostro al que tienen detrás de sí, para que él pueda tambien mirarlas y compadecerse de ellas, diciéndoles aquello de los Cantares: *Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete, para que te miremos (4)*. Cuatro veces la dice que vuelva su rostro hácia Dios, para denotar que desea una vuelta muy fervorosa y perfecta, convirtiéndola á Dios su corazón, su alma, su espíritu y sus fuerzas, cumpliendo el mandamiento del amor con estas cuatro condiciones que en él se piden (5). Ó alma mia, Sunamitis y cautiva de tus aflicciones desordenadas, mira que las tres divinas Personas te dicen que les vuelvas tu rostro, porque desean mirarte con el suyo. Y pues todo tu bien está en que Dios te mire, no tardes en

(1) Psalm. xli, 4. — (2) Matth. v, 5. — (3) Isai. xxx, 21. — (4) Cant. vi, 12.
(5) Marc. xii, 30.

mirar al que te convida que le mires, para mirarte y compadecerse de tí.

2. Lo segundo, aunque la Magdalena miró á Cristo nuestro Redentor, no le conoció, porque se le apareció en traje disfrazado, como de hortelano, por cuanto tenia muy corta fe, y no merecia verle al descubierto, por su imperfecta disposicion; en lo cual se nos avisa que la mortandad y tibieza de nuestra fe es causa de que, estando Dios presente en todo lugar, y estando Cristo nuestro Señor presente en el Santísimo Sacramento, no le conocemos, ni respetamos, ni tratamos como cosa presente. Y así se aparece en figura de hortelano, para significar la necesidad que tienen los imperfectos de que Cristo escarde y labre el huerto de sus almas, limpiándolas de las malas yerbas, de culpas é imperfecciones, y avivando en ellas las virtudes. Ó dulcísimo Jesús, pues sabes que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino tú, Dios mio, que das el aumento (1); aumenta mi fe y las virtudes, apartando de ellas sus imperfecciones, para que sea digno de conocerte, de modo que te ame y sirva con perfeccion.

3. Lo tercero, volviendo la Magdalena el rostro hácia Cristo nuestro Señor, él la dijo con una voz diferente de la que solia hablar: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas?* En lo cual se ha de ponderar, que cuando Dios hace tales preguntas en casos semejantes, haciéndose del que no sabe, quiere dar á entender que hay allí algo que no aprueba, ni lo sabe con la ciencia que llaman de aprobacion. Y así, cuando la Magdalena lloraba á sus piés y los regaba con lágrimas (2), no la dijo: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? porque aquellas lágrimas se fundaban en profundo conocimiento de sus pecados, y en viva fe y amor del Señor que tenia presente, el cual las conocia y aprobaba. Pero en este caso, como las lágrimas procedian de ignorancia y falta de fe, llorando por muerto al vivo, y buscando al vivo entre los muertos, dícela: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? como si dijera: ¿Sabes por qué lloras, y á quién buscas? sin duda que no lo sabes bien, porque si lo supieras no me llorarás de esta manera por muerto, ni buscaras como ausente al que tienes presente.

4. En lo cual nos enseña Cristo nuestro Señor, como su voluntad es que examinemos bien la causa de nuestras lágrimas y suspiros; y tambien qué es lo que buscamos y pretendemos en su servicio, porque no se mezcle algo que sea contrario á Dios, ó desdiga de

(1) I Cor. iii, 7. — (2) Luc. vii, 38.

lo que á su grandeza y á nuestra perfeccion conviene. Y porque muchas veces pensaré que lloro por mis pecados, y no lloro sino por la afrenta y daño temporal que me resultó de ellos; y pienso que lloro por ir á ver á Dios, y no es sino por huir el trabajo que padezco. Y tambien acontece pensar que busco á Dios y su gloria, y verdaderamente me busco á mí mismo y á mi honra ó provecho. Y si busco á Dios, es con mezcla de estas imperfecciones. Y á esto con mucha razon me dirá Dios: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? Ó Dios de mi alma, concédeme que llore por mis pecados y por tu ausencia, de modo que tú apruebes mis lágrimas; y que busque lo que deseo, de modo que tú apruebes mi pretension.

PUNTO CUARTO. — *Propiedades del amor unitivo.* — 1. *Pensando la Magdalena que el que estaba allí era hortelano, dijole: Señor, si tú le llevaste, dime dónde le pusiste, y yo le traeré.* En estas palabras descubrió la Magdalena el exceso de su ferviente amor, el cual con gran violencia la tenia como enajenada de sí misma, y la hizo sacar fuerzas de flaqueza para ofrecerse á mas de lo que podia. Y así muy al vivo se ven aquí pintadas las propiedades de la encendida caridad, que se llama unitiva y violenta. — La primera propiedad es, que arrebatara el corazon y la lengua del que ama, y le saca de sí, para que siempre piense en su amado, y piense que todos piensan en él, y hable siempre de él, imaginando que todos le entienden. Y así la Magdalena no dijo, si tú llevaste el cuerpo de mi Maestro, sino solamente si tú le llevaste, porque imaginaba que el hortelano la entendia y sabia de quién hablaba, por estar absorta en pensar solamente de su Amado. Y por esta señal conoceré yo si tengo grande amor de Dios; pues como él dijo: *Donde está tu tesoro, allí está tu corazon* (1), y por consiguiente allí está tu lengua, tus ojos, tus piés y manos, ocupándose todo tu espíritu en la vista y amor del tesoro, en guardarle y acrecentarle con cuidado. Ó Dios infinito, sé tú mi tesoro, y arrebatara mi corazon y cuanto tengo, para que donde estás tú, allí esté yo, viéndote y gozándote sin fin. Amen.

2. La segunda propiedad de esta encendida caridad, es causar en el que ama olvido de sí y de sus cosas, y hacerle que se humille y sujete á toda humana criatura, en razon de salir con su pretension; y á veces dice y hace cosas que al juicio humano parecen locuras, pero son excesos de amor, al modo que David, olvidado de su real grandeza saltaba y bailaba delante del arca, y burlando de él su mujer Micol, él no hizo caso de ella, antes se humillaba y sal-

(1) Matth. vi, 21.

taba mas delante de Dios (1). Y la misma Magdalena, herida de amor, se fué al convite donde estaba Cristo, y se echó á sus piés, sin reparar lo que dirian los convidados, olvidada de todos como si estuviera sola. Y en el caso presente, con el mismo enajenamiento, con grande humildad y reverencia llama señor al hortelano para acariciarle, y persuadirle que la descubriese dónde estaba el cuerpo de su Maestro. Y le dice, si tú le llevaste, no reparando en que no llevaba camino que el hortelano hubiese desenterrado un difunto, y sacádole del sepulcro donde su mismo dueño le habia puesto.

3. Y por esta segunda señal conoceré yo la grandeza ó pequeñez de mi caridad, porque si el amor de la hacienda en los avarientos, y el amor de la honra en los ambiciosos, y el amor del deleite en los sensuales, tiene tanta fuerza que los enajena de sí, y los hace, que olvidados de sí mismos y de sus cosas se humillen y sujeten á otros, y hagan cosas que parecen desatinos al que no ama como ellos; ¿cuánto mas hará todo esto y con mayor fuerza el encendido amor de Dios, en aquellos que han entrado en la bodega de sus vinos (2)? Y si el mismo Señor no ordenase en ellos la caridad, harian locuras y demasías; pero él la pone en orden. Y si hacen algo que parece locura al que no ama, es cordura en los ojos del que sabe qué cosa es amar. Ó Rey eterno, éntrame en la bodega de tus vinos, embriágame con el vino fuerte de tu amor: sácame de mí para traspasarme en tí: causa en mi alma olvido de mis cosas, para que solamente atienda á las que son tuyas, humillándome hasta ser tenido del mundo por loco, para ser delante de tus ojos sabio.

4. La tercera propiedad de la ferviente caridad, es sacar fuerzas de flaqueza, y hacer al que ama, que se ofrezca á mucho mas de lo que puede, en razon de servir á su amado, confiando no en las fuerzas que tiene de suyo, sino en las que Dios le ha de dar. Y así la Magdalena, encendida en este amor, se ofreció valerosamente á ir por el cuerpo de su Maestro, donde quiera que estuviese, sin exceptuar lugar alguno, y sin reparar en que era día solemne, y el sol era ya salido, y ella mujer flaca, y la carga un cuerpo muerto, y cuerpo de un crucificado aborrecido de los judíos, y sentenciado á muerte por el presidente, sin cuya licencia no se atrevió José de Arimathia á darle sepultura; pero ella, rompiendo por este muro de dificultades, dice: *Ego eum tollam*: yo le llevaré y volveré á su lugar. Ó Mujer, grande es tu confianza, grande es tu ánimo y esfuer-

(1) II Reg. vi, 16. — (2) Cant. ii, 4.

zo, porque es grande tu amor. ¡Oh amor invencible, que vences todo lo dificultoso y áspero de esta vida, y de nada eres vencido! Tú llevas al que te lleva, y haces ligera la carga de que te cargas; tú pones sobre nuestros hombros á Cristo, y haces que nos lleve Cristo, ayudándonos contigo á llevar toda la carga. Ó amor fortísimo, verdaderamente eres fuerte no menos que la muerte (1), pues te atreves á lidiar con muertos, y á romper las dificultades de muerte, por servir á tu Amado. Ó Dios eterno y amador infinito, embriágame con la dulzura de tu amor, para que mudando con él mi fortaleza (2), corra en tu servicio sin parar, y camine sin desfallecer, llevando cualquier carga que me pusieres, fiado que me darás fuerzas para llevarla.—Con este espíritu me tengo de ofrecer á llevar á Cristo muerto sobre mí; esto es, su mortificacion en mi cuerpo, del modo que él mortificó el suyo, conforme á lo que dice san Pablo: *Siempre traemos de una parte á otra en nuestro cuerpo la mortificacion de Cristo Jesús* (3), etc. Mirad que *habeis sido comprados con grande precio, glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo* (4).

PUNTO QUINTO. —1. Viendo Cristo nuestro Señor el fervor y lágrimas y ofrecimientos de la Magdalena, descubriósele, llamándola con su propio nombre, y con el tono de voz que solía, diciendo: *Maria*; y al punto le reconoció y respondió: *Maestro*. En lo cual se ha de ponderar la omnipotencia de Cristo, llena de dulzura y suavidad, pues con una sola palabra, diciendo, *Maria*, trueca el corazón de esta devota sierva suya, y desterrando de ella toda tristeza, la llena de incomparable alegría; ilustró su entendimiento con nueva luz, deshaciendo todas las nieblas de infidelidad que tenía, y encendió su voluntad con nuevo fuego de amor, para que amase como á Dios vivo al que amaba como hombre muerto. Ó Dios inmenso, ¡cuán inmenso es el amor que tienes á los que conoces por su propio nombre (5)! Á estos muestras tu divino rostro, y los alegras con tu presencia, porque hallaron gracia delante de tí. ¡Oh dichosa Magdalena, á quien Cristo conoció por su propio nombre, y con él la llamó, y llamándola se le descubrió para que conociese al que la conocía, y viese al que deseaba, y hallase al que con tanto amor buscaba! Halle yo, Señor, gracia en tus ojos, y concócame de esta manera, para que llegue á conocerte como soy conocido, y á amarte como soy amado (6).

2. También se ha de ponderar la respuesta de la Magdalena, que

(1) Cant. viii, 6. — (2) Isai. xl, 31. — (3) I Cor. iv, 10. — (4) I Cor. vi, 20.

(5) Exod. xxxiii, 12. — (6) I Cor. xiii, 12.

fué: Maestro mio, porque arrebatada del amor, llamó á su Amado con el nombre que solía llamarle. Cuando habló con los Ángeles, usó del nombre de reverencia, llamándole mi Señor, ahora que habla con él mismo, llámale con nombre de reverencia y amor, llamándole Maestro mio, porque en oyendo aquella palabra *Maria*, experimentó dentro de su alma los efectos de su divino magisterio, por la plenitud de luz que la infundió; y así se echó á sus piés, á donde solía estar oyendo su doctrina. Ó Maestro soberano, que tan en breve enseñaste tantas grandezas á esta fervorosa discípula tuya, ilustra mi entendimiento, para que yo también las conozca, y conociéndolas te ame como ella te amó.

3. Finalmente, viendo Cristo nuestro Señor que *Maria* postrada á sus piés quería besárselos, díjola: *No me quieras tocar, porque no he subido á mi Padre, sino vé á mis hermanos, y díles de mi parte: Subo á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios*. En lo cual se ha de ponderar las causas de no haber consentido que la Magdalena le tocase, como otras veces solía.—La primera fué, porque con el fervor se abalanzó á quererle tocar con demasiada familiaridad, y quiso nuestro Señor que entendiese que de allí adelante había de tratarle con mas reverencia, como quien estaba ya en vida gloriosa, y cerca de subir á su Padre. Y generalmente gusta su Majestad que juntemos reverencia con el amor.—La segunda causa fué, la imperfeccion de fe que tenía, porque así como por esta causa no se le descubrió de un golpe, sino poco á poco: primero, en figura y voz de hortelano, despues en su propia figura y voz: así no quiso hacerla de golpe todos los favores, sino primero se le descubrió para que le conociese, y se gozase de verle; y despues cuando su fe estuvo mas perfecta, se dejó tocar de ella. Y por esta razon dijo, *no me toques, porque dentro de tu corazón aun no he subido á mi Padre, pues aun no crees bien que con vida gloriosa subo á mi Padre celestial*. Ó Maestro soberano, subid dentro de mi corazón lo mas alto que es posible, dándome la suprema fe y estima que puedo tener de vuestra grandeza, para que sea digno de veros y abrazaros con entrañable caridad.

4. También se ha de ponderar la ternura de aquel recado tan amoroso que envió el Señor á sus discípulos, no desdenándose de llamarlos hermanos, para que entendiesen que la gloria de la resurreccion no le había mudado la condicion, antes les daba mayores muestras de amor con este nombre de hermanos (1); y lo que les

(1) Hebr. ii, 11.

mandó decir es: Ya he resucitado para subir á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios; mi Padre por la generacion eterna, y vuestro por la adopcion graciosa; y mi Dios por la unidad de naturaleza, y vuestro por la union de caridad (1). Ó amantísimo Jesús, gracias os doy cuantas puedo, por este favor tan grande que nos haceis, en darnos á vuestro Padre por nuestro Padre, y á vuestro Dios por nuestro Dios. Ó alma mia, si tienes tal Padre, ¿qué mas quieres? y si tienes tal Dios, ¿qué mas buscas? Ó Padre mio, mostraos ser mi Padre, haciéndome digno hijo vuestro. Ó Dios mio, mostraos ser mi Dios, haciéndome un espíritu con Vos por union de perfecta caridad. Amen.

MEDITACION V.

DE LA APARICION Á LAS DEMÁS MUJERES CON LA MAGDALENA.

PUNTO PRIMERO. — Partiéndose la Magdalena con grande gozo, alcanzó á sus compañeras en el camino, y tratando con ellas lo que habia sucedido, todas se encendieron en grande deseo de ver á su Maestro, el cual atendiendo á este deseo, y al fervor con que habian madrugado, las salió al encuentro, y las dijo: *Dios os salve* (2). Aquí se ha de ponderar el cuidado grande que tiene Cristo nuestro Señor en premiar los trabajos y vigiliias de los suyos, aunque dilata la visita hasta que se hagan mas dignos de ella, para que les entre mas en provecho: aprendiendo de aquí á no desistir de mi pretension por ninguna dilacion. Y es motivo de grande consuelo ver la bondad de Cristo nuestro Señor, por la cual no repara en nuestras imperfecciones, cuando con sana y fervorosa intencion deseamos agradarle, como sucedió á estas mujeres, las cuales con falta de fe fueron á ungrle, pero con entrañable deseo de servirle; y mirando á esta intencion, quiso consolarlas. ¡Oh qué contentas y alegres quedaron con su vista, y por cuán bien empleados dieron los trabajos pasados! porque con aquella palabra *Avete*, que quiere decir, Dios os salve, ó gozaos y alegraos, quedaron todas llenas de salud espiritual y de alegría grandísima, porque la palabra de Cristo es eficaz y obra todo lo que significa. Y no sin misterio usó de esta palabra el Salvador, de la cual habia usado san Gabriel, cuando anunció á la Virgen la encarnacion, para confirmar lo que el Ángel habia dicho, anunciándolas, que por su resurreccion se les

(1) Ciprian. Serm. de Ascens. — (2) Matth. xxviii, 9.

quitaria la maldicion de las culpas que por una de ellas todos incurrimos. Ó Salvador mio, ven á mi alma y á sus potencias, y dílas *Avete*, Dios os salve, porque con tu palabra todas quedarán llenas de la bendicion y gozo que nos has ganado con tu gloriosa resurreccion.

PUNTO SEGUNDO. — 1. En viendo las mujeres á Cristo nuestro Señor, luego se acercaron: *Et tenuerunt pedes ejus, et adoraverunt eum. Abrazaron sus piés, y le adoraron* (1); no se arrojaron precipitadamente á esto, como la Magdalena se arrojó la primera vez, sino con grande reverencia se llegaron á él, y le adoraron, y dándole licencia, tomaron sus piés sacratísimos, y los besaron con grande amor. Y aquí alcanzó la Magdalena el cumplimiento de su deseo, tocando tambien los piés de Cristo. ¡Oh qué dulzura sentirian en este tocamiento, besando aquellas preciosas llagas que con tanto deseo habian procurado ungr! Ellas vinieron al sepulcro para ungr á Cristo, pero Cristo las ungió con la uncion de que él estaba ungió (2), que era con óleo de alegría, y con la devocion del divino espíritu que derramó sobre ellas.

2. A imitacion de estas santas mujeres, que como cuenta san Marcos fueron tres las principales, tengo de procurar, que las tres potencias de mi alma se ocupen en ungr á Cristo nuestro Señor: la memoria con santos pensamientos; el entendimiento con pias meditaciones; la voluntad con fervorosos afectos. Comprando estas unciones del que dijo: *Venid, y comprad sin plata, y sin conmutacion alguna, porque nos da de gracia el precio con que las compramos* (3); con cuyo favor he de ofrecerle por precio muchos ejercicios de mortificacion, suplicándole me dé estas especies aromáticas con que ungrle, pues de su mano me ha de venir todo lo bueno. Ó Cristo Jesús, ungió por tu eterno Padre con óleo de alegría sobre tus compañeros, poca necesidad tienes de ser ungió con unciones tan viles como las mias; pero es tan grande tu caridad, que tienes por óleo y uncion de alegría tuya verme encendido en amor tuyo. Ves aquí te ofrezco las especies aromáticas que he comprado, que son afectos de alabanza y agradecimiento, de amor y confianza, con vivos deseos de tener todas las virtudes para ungrte con ellas. Pero tú, Señor, que previenes á los que te buscan, anticipa conmigo tus misericordias; dame licencia que toque con el espíritu tus sacratísimas llagas, y con el licor preciosísimo que salió de ellas unge mi

(1) Matth. xxviii, 9. — (2) Psalm. XLIV, 8. — (3) Isai. lv, 1.